



Madrid Cómico

Director: SINESIO DELGADO

ACADEMICOS DE LA LENGUA

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO



En la obra, Menéndez, se le caricaturizó a Pelayo.

Es lumbrera de España, aunque no
 muy notable filósofo y crítico,
 ni en tres años se dice lo mucho
 que vale este chico!

SUMARIO

TEXTO:—De todo un poco, por Luis Taborda.—El pan del trabajo, por Enrique Segovia Rocaherti.—El campo, por Eusebio Sierra.—LAS VIRGENES LOCAS. Capítulo VII.—*De como la fatalidad... a la Providencia toman torrijas en el asunto*, por Pedro Bofill.—Injusticias sociales, por Sinesio Delgado.—Mi tercer suicidio, por Julio Ruiz.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Marcelino Menéndez Pelayo, por *Micahis*.—La música, por Cilla.—Vendedores ambulantes, por *Micahis*.



IMPRESIONES DE VIAJE

¡Ea, al tren!... Aniceta, baje V. a ver si hay un coche, ó mejor dicho, dos coches, porque no vamos á caber en uno... ¿Cuántos bultos tenemos que llevar á la mar? ¡Dios mío! ¡Siete!... Luisita, cuida tú de este botijo; Emilia, hazte cargo del lío de las mantas; yo llevaré estos dos sacos y Aniceta puede cargar con la niña, la cesta, el cajón y los paraguas... En marcha... Pero este cochero es un infame! Nos lleva á paso de tortuga, para que nos quedemos sin tren... ¡Eh, cochero! ¿Que está malo el caballo? Pues no se comprometa V. á llevar viajeros á la estación cuando estén delicadas las bestias... ¡Hombre! ¡Pégume V., si le parece!... Bueno; no discutamos; ahí tiene V. ocho reales... ¡Mire V. que contar los bultos como si fuesen personas! ¿Cuál es el coche que va directamente á Galicia?... ¡Dice V. que el tercero? ¡Mí! gracias... Arriba todo el mundo. Dejáme subir antes á mí, para que me vayáis dando los bultos. ¡Ajaja! Ahora que vayan subiendo los chiquillos; Emilia, siéntate en ese rincón; tú, Luisita, en el otro; perfectamente. ¡Cuidado!... Pero niño, ¿no vea que vas metiendo las rodillas en el bolsillo del gabán de ese caballero?... No, señor; los niños molestan siempre; pero se nos ha ocurrido hacer este viaje y no los habíamos de tirar. Al fin, son hijos de uno... ¡Hombre! Ya estamos en Pozuelo. ¿Qué pronto! ¿No conoce V. á Pozuelo? Pues es un pueblecito muy alegre y en él veranea gente muy principal... Nosotros estuvimos aquí el año pasado y hasta hicimos comedias. ¿Que si soy cómico? No, señor; algo menos; soy de esos que escriben... Sí, señor; muy poco. Me produce menos que si fuera perito agrónomo ó guardia de orden público de primera clase... Voy á Marín. ¡Extranjero? ¡Qué! Es un pueblecito inmediato á Pontevedra... Pues mire V. lo que son las cosas: apesar de pertenecer á Galicia, tiene su poquito de mar y todo. ¡Intrigas de los gallegos! Dicen que el mar se lo concedió el Gobierno por la influencia de un cacique... Tiene V. razón: en Extremadura no hay ni una mala ría. Deben VV. intrigar también para que se la concedan... Niño, ten cuidado; ahora le vas poniendo los pies á esa señora encima del vientre. Perdón V. ¿Como estos chicos no tienen costumbre de viajar?... ¿Por qué nos detenemos tanto tiempo aquí? ¡Ah! ¡Si estamos en el Escorial!... No, no queremos pastillas de Matías López ni de nadie... ¡Le hemos dicho á V. que no queremos nada! ¡Qué calor se siente aquí! Y sin embargo, está lleno de personas que huyen de Madrid por causa del calor... ¡Ay!... Nada, no ha sido nada. ¡Que se me ha caído encima una sombrerera!... Con la trepidación, ha perdido el equilibrio y me ha hecho un bulto que parece una sobrasada de Mallorca... ¡Mujer, cuida de la niña! ¡No ves que se va comiendo el fleco de ese tirador?... A ver si metiéndole los dedos puedes quitarle esa tachuela que tiene en la boca.

Todo el mundo duerme, mientras yo voy agobiado por el peso de dos hijos que se me han caído encima. ¡Qué felices son los que viajan sin chiquillos! Pero en cambio, dentro de treinta horas llegaré á Galicia, la verde Erni, que dice un poeta de mi pueblo, empleado además en el registro de hipotecas... Pero ¿qué tiene la niña? ¿Por qué llora

de ese modo? ¡Naturalmente! El fleco debe estarle molestando dentro del estómago. A ver si dándole agua... Perdón V., señora. La he puesto á V. perdida. Creí que el botijo tenía tapón; tome V. mi pañuelo para secarse...

¿Ávila? ¿Ya estamos en Ávila? Bueno, sí; bajaréis á tomar chocolate; pero deprisita, ¿eh?... ¡Dice V. que esto es chocolate? ¿Qué ha de ser? Esto es engrudo teñido... ¡Jesús! ¡Cómo se ha puesto la cara esta niña! ¡Claro! Toma el chocolate con los dedos, y después se rasca... Al tren, al tren; no; este coche no es el nuestro; más arriba; vamos, que están tocando el pito... ¡Por vida!... ¡Pero Aniceta ¿qué hace V.? Ha ido V. á sentarse sobre la cesta de la comida. Sacúdase V. las faldas, que se le ha quedado á V. pegada la ternera...

No he podido coger el sueño en toda la noche. Los ronquidos de los demás viajeros me han obligado á permanecer despierto; además, el teniente de la Guardia civil me ha dado dos patadas en la espinilla. Tiene un sueño tan intranquilo, que en una de las vueltas cogió de lleno la cara de su señora, y le atizó dos cachetes; con este motivo ha vuelto á caer la sombrerera de la rejilla; pero ahora no ha hecho más que romper el botijo, poniéndonos como una sopa... ¡Venta de Baños! Buena estación. ¿Cuántos minutos? ¡Quince! Pues a tomar otro chocolate... ¡Caramba! ¡Es peor que el engrudo de antes!... ¡Ya suena la campanilla! ¡Caramba!... ¡Al tren! ¡Y yo que no he podido tomar más que una sopa!... ¿Cuántos? ¡Quince reales por cinco chocolates! ¡Y si al menos hubiéramos podido tomarlos!... ¡Qué largo se hace el tiempo! ¿Cuándo llegaremos á León? ¡Tengo un hambre!... Pero, hijito, si no hay agua... Ya sabes que se ha roto el botijo... ¡Ay qué jaqueca nos va dando este angelito!... Mujer, procura entretenerla para que no pida. Dale á chupar cualquier cosa, y dile que es líquido á ver si lo cree...

¡León! Por fin, almorzaremos... ¿A qué sabe esta tortilla...? ¡Buenas truchas!... Mozo, un martillo... para partir este queso...

¿Por qué nos detenemos?... ¡Habrá ocurrido alguna desgracia?... Voy á ver...

Tranquícese V., señora. No ha sido nada: que se nos ha roto el tubo... A nosotros precisamente, no; pero á la máquina, que es casi peor...

¡Dos horas detenidos! ¡Ciento veinte minutos de retraso!...

Ahora, el maquinista nos va á hacer una tortilla, por querer recobrar el tiempo perdido. ¡Jesús! ¡Vamos echando venablos!... ¡Ay! Que se ha caído esa señora... ¡Pobrecilla! ¡Ha ido á dar con la cabeza contra el tricordio del teniente!... No tenemos árnica. ¡Si quiere V. que le ponga en el chichón una raja de patata frita!... Es lo único que queda en la cesta de las provisiones; lo demás se lo han comido los niños desde Madrid á Torrelaguna. La patata evitará la efusión de sangre. ¡Como es tan astringente! ¿Que no lo es? Pues yo creí... Siéntate, niño, que te puedes caer también. No hay equilibrio posible con esta velocidad... A mí, hasta se me han saltado los gemelos de la camisa y el rabillo del chaleco...

Aquí podremos comer... Dice la guía: «Monforte, veinte y cuatro minutos de parada y fonda...» ¿Cómo? ¿Qué es eso? ¿Que no hay parada? Pero entonces, ¿cuándo comemos? No es nuestra la culpa si venimos retrasados... Se incomoda V. tanto que no parece sino que hemos sido nosotros los que rompimos el tubo...

Vaya, niños, no lloréis; vamos á llegar á Orense y allí habrá comida. ¿Qué está chupando esa criatura? ¡Pobrecita! Como no tiene otra cosa, se entretiene con la *Guía oficial de los caminos de hierro*. Se ha comido casi todo el índice...

¿Orense ha dicho? Perfectamente; yo me bajaré en un momento y veréis cómo traigo comestibles... V. dispense; con la precipitación le he puesto un pie sobre la cabeza. Como el andén está bajo y no hay luz, le he confundido á usted con el estribo... Voy corriendo á la fonda...

Por poco me quedo en tierra, y lo peor no es eso... Lo peor es que no hay comida. A fuerza de súplicas, he logra-

do que me vendieran esto... Una gallina... ¿Asada? ¿Quiá? Viva. Como el tren va tan despacio, tendremos tiempo de asarla en el vagón antes de llegar al fin de nuestro viaje. ¿Que con qué la asaremos? Con nuestro propio calórico. ¿Vamos doce en un departamento donde sólo caben seis personas flacas!...

Redondela: aquí tenemos que tomar el tren de Pontevedra; desde allí un coche nos llevará a Marín... Pero, ¿quién carga con estos niños a las doce de la noche?... Van estenuados de sueño y de hambre. ¿Y nosotros también!... Nos llaman; corramos... ¡Hombre! ¿Si no le dan a uno tiempo siquiera para bajarse del tren!... ¡Caballero! Hágame V. el favor de tirar esos bultos por la ventanilla... Gracias... Mozo ¡por piedad! coja V. a este niño y métele V. en el tren de Pontevedra... Anda, mujer; anda, Aniceta... Salvémonos de una desgracia, como sería la de quedarnos en tierra, después de tanto sufrir.

¡Marín! Gracias a Dios. ¡Treinta y siete horas de viaje! ¡Yo no puedo más! El hambre, el cansancio, la desesperación, los bultos, los niños, las ahujetas, el dinero gastado: todo me aniquila y me abate...

Por fin voy a descansar; el lecho me brinda con el dulce reposo: la mesa con sus opíparos manja...

¡Insensato! No me acordaba de lo peor: lo peor es que ahora tengo que ponerme a escribir la crónica semanal para el MADRID CÓMICO... Ya está.

¡Oh, dicha! ¡Me voy a la cama!

LUIS TABOADA.

EL PAN DEL TRABAJO

I

Luego que Adán, de su esposa
a los antojos sumiso,
hincó el diente a la sabrosa
manzana del Paraíso,
perdiendo aquel sumo bien
por decreto celestial,
fué arrojado del Edén
al mundo, que era un erial,
condenándole al tormento,
por su acción irreverente,
de procurarse el sustento
con el sudor de su frente.
Luchando con mil afanes,
la piel por todo gabán,
iban hechos dos *adanes*
su compañera y Adán,
buscando con hambre fiera
en aquel suelo maldito
algún sólido cualquiera
que calmara su apetito.
—¡Ay, Eva!—dijo el varón,—
¡qué diferencia de ayer!
¡Sobre todo en la ocasión
y a las horas de comer!
Ayer, en fácil tributo,
sin esfuerzo corporal,
nos daba el árbol su fruto
y la abeja su panal.
Próvida naturaleza,
en todas sus variedades,
subvenía con largueza
a nuestras necesidades,
y hoy, por destino siniestro,
ni una rafe nos ofrece...
¡Ayer era todo nuestro!
¡Hoy nada nos pertenece!—
Y como dos trinitales
vagan por aquel erial,
dejándose en los breñales
el calzado natural.
Rendidos por la fatiga,
herosos y ensangrentados,
sobre la tierra enemiga
cayeron los desdichados;
pero el hambre, que no espera,
desde el estómago hueco
les habló de esta manera,
duro, imperativo, seco:
—«Holgazanes, como hay Dios
que estáis buenos perillanes!
¡En pie de nuevo los dos!
¡De nuevo en marcha, holgazanes!

O me buscáis alimento
ó dejáis la vida aquí.—
Y ambos, con el pensamiento,
le contestaron así:
—«Nada ven nuestras miradas
en tan yerma soledad!—
Y con horribles punzadas
replicó el hambre:—«Escarbad!»

II

Y los dos se incorporaron
sin detenerse un segundo,
y con calor escarbaron
haciendo un hoyo profundo,
¡Oh placer! ¡Oh dicha! Al fin
de tarea tan ingrata,
sacaron para el festín
una colosal patata;
pero ¡maldición! tan dura
y de tal naturaleza,
que no había dentadura
que pasara la corteza.
Aunque el hambre era valiente,
renunciaron a comer,
partiéndose Adán un diente
y un colmillo su mujer.
Ibala aquel á arrojar,
de furia y de rabia ciega,
cuando le ocurrió intentar
ablándarla por el fuego;
dando tregua á sus congojas,
recogió por la pradera
un montón de secas hojas
para preparar la hoguera,
y tenaz en sus empeños
ante la necesidad,
frotó con vigor dos leños
que halló por casualidad.

Cuando se cansa Adán, Eva,
tan ágil como su esposo,
amerosa le releva
en el trabajo penoso,
viendo al fin prender las llamas,
que el soplo del aire aviva,
en las hojas y las ramas
de la hoguera primitiva.
¡Cuánto esfuerzo y qué sudor
por tan mísero agasajo!
¿Y cómo será el sabor
de aquel fruto del trabajo!
—«Amargo debe de ser
lo adquirido con sudores!—

dice Adán a su mujer,
que abriga iguales temores,
y apesar del hambre alveo,
que grita con ansia loca,
ninguno de ellos se atreve
á llevárselo á la boca.
La necesidad cruel
pudo al fin más que el temor,
y Eva, más resuelta que él,
que se llama su señor,
sin recordar la manzana,

con arranque valeroso
probó de muy buena gana
aquel manjar sospechoso.
Siguió su ejemplo el varón,
también sin escarmentar,
y los dos, en conclusión,
vinieron á declarar
que en los años de su vida
ni en lo mejor del Edén,
jamás hicieron comida
que les supiese tan bien.

E. SGOVIA ROCABERTI.

¡EL CAMPO!

¡Lejos del mundano ruido,
como *Fray Luis de León*
cantó con casto sentido,
qué bien devuelve el olvido
la paz á mi corazón!
Sin penas ni sinsabores,
gustando dulces placeres,
se espacia el alma entre flores,
libre de amigos traidores
y de engañosas mujeres.
Jugando en el bosque umbrío
cantan las aves á coro,
canta el viento, canta el río,
y responde el mar bravío
con su oleaje sonoro.

¡Himno inmenso é imponente
que eleva al Ser Inmortal
cuanto vive y cuanto siente,
y del que dice la gente
que es música celestial.
No se oye un ruido mundano;
están, cual dijo *Silbo*,
un poeta, mi paisano,
solo el monte, sólo el llano,
solo el mar y solo yo.

¡Qué grata melancolía!
¡Qué dulce tranquilidad!
¡Con qué gusto pasaría
mi vida en la soledad...
si tuviese compañía!
¡Todo seduce y encanta
lejos del mundo traidor;
el cuerpo vil se ajiganta

y contra se levanta
el alma hasta el Creador!
Y ahuyenta á los dolores
del campo las tintas suaves,
del limpio sol los fulgores,
el perfume de las flores
y el cántico de las aves.
¡Cuál crece mi poderío!
¡Con qué placer tan profundo
noto que aumentá mi brío!
¡Parece que todo es mío
porque estoy solo en el mundo!
Y alegre, fuera de mí,
y llena el alma de amor
exclamo con frenesí:
¡Qué bien se estaría aquí
si hiciese menos calor!

La sed me acosa y me apura;
pero hay agua en torno mío,
que el río mi bien procura...
heberé en su linfa pura...
¡Jesús! ¡Qué suco va el río!
¡Y no hay más! Me quedare
con la sed y sofocado...
¡Es mucha lástima que
no se encuentre un mal café
donde tomar un helado!
Falta aquí algo ciertamente
para la felicidad...
¡Con café y mucha gente
sería el campo excelente
y hermosa la soledad!

EUSEBIO SIERRA.

LAS VIRGENES LOCAS (1)

CAPÍTULO VII

De como la fatalidad... ó la Providencia toman tarjetas en el asunto

El misterioso jardín de D. Salustio, por la escena mística que allí se acababa de representar, parecía un huerto de Getsemani; mientras que por otra parte, la blanca vestidura griega del embelesado novelista, y la luna brillando inmóvil en el firmamento, daban á todo aquello un tinte de paganismo.

Las manos que teclaban en el piano vecino hicieron llegar á los oídos de los disfrazados personajes del jardín una tierna melodía de *Safo*.

Y tal vez con maliciosa intención de amortiguar aquellos sonos artísticos, una impertinente rana del inmediato estanque lanzaba al aire sus desagradables graznidos.

Octavio no oía nada de esto. Toda la fuerza de su espíritu se había empleado en traspasar mentalmente el muro que le separaba de Elena, gozándose en contemplarla ideal y vaporosa como una creación de la fantasía homérica.

Vuelto después á la realidad de la vida, se preguntaba si todas las vicisitudes de aquella noche eran quimeras engendradas por los caprichos del sueño, si se hallaba ó no tendido en la cama de su modesta habitación, y si la novela que estaba escribiendo había explotado sus nervios de tal modo, que le trocaran en arrobos deliciosos de paraíso y en perfumes embriagadores las acres emanaciones del tabaco flotantes en su reducida alcoba.

Si algo pudo contribuir á convencerle de que no estaba soñando, fué la sensación de frío que lejos de su esposa de tres horas experimentaba con más intensidad que antes; añadido esto á la voz de D. Salustio, el cual se le había acercado, y le decía ó más bien le murmuraba al oído:

—Deme V. la mano y sígame.

El novelista obedeció como un autómatas.

(1) Véase el núm. 178.

LA MUSICA



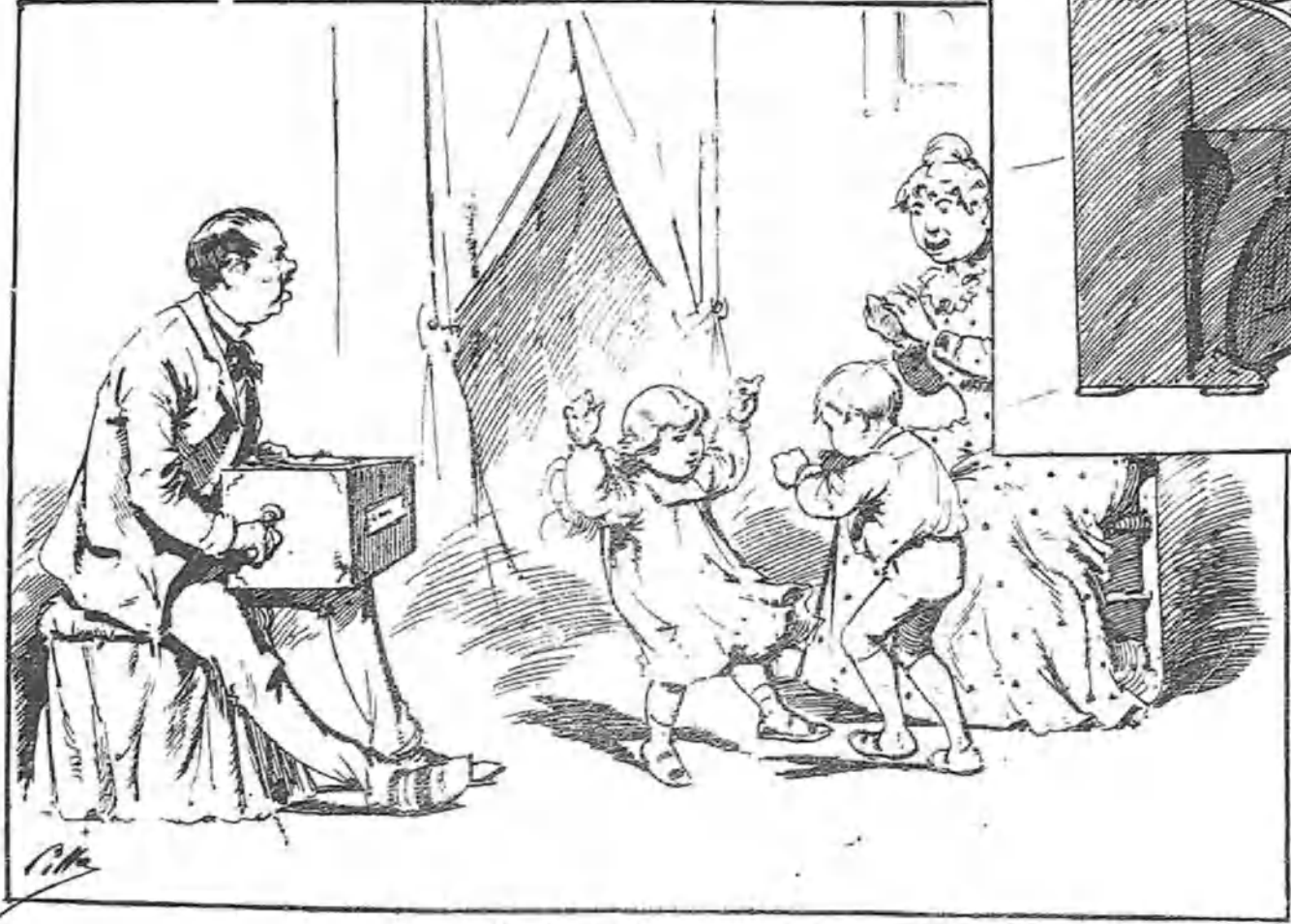
En la porteria.



En el principal.



En el tercero.



En el segundo.



En la guardilla.

Iba en compañía de Jesús, y el Nazareno no le había de llevar por mal camino.

Pronto los envolvió la oscuridad más completa.

El piano había cesado de tocar.

¡Quizá los ágiles dedos de la mujer que antes pulsara las telas (el autor de este capítulo supone que la *dilettante* era mujer... y joven... y bella), tal vez, digo, sus ágiles dedos se hallaban deliciosamente ocupados en desabrochar corchetes, en quitar alfileres, en desenlazar cintas, ofreciendo á la egoísta soledad del gabinete los encantos de una pródiga naturaleza!

¿Qué hora sería? Porque ni Jesús Nazareno ni Alcibiades usaron su cronómetro, ni tampoco creo que hubiese clepsidras en el voluptuoso jardín de D. Salustio.

Cierto que las ranas exhalaban aún su canto monótono y despacible. Ya no era una; eran varias; hacían coro tan discordante como el de algunos testros; pero á las batracias les tiene sin cuidado el tiempo; pueden dormir ó amodorrarse de día. Ni se ven obligadas á escribir para ganarse la vida, ni son empleadas de la Administración, ni tienen bufete, ni juegan á la bolsa, ni son diputados... ¡Y eso que algunos padres de la patria ya quisieran hablar tan ajustadamente y con tanta sonoridad como las ranas!

Volviendo á Octavio y á D. Salustio, tras esta digresión de *ultima hora*, los encontraremos ya sentados en el despacho que ya conocen nuestros lectores, donde, por grande que sea el sigilo con que han entrado, no han podido evitar que las cabezas de los animales despelajados con que se halla cubierta la alfombra aparenten mirar con asombrados ojos aquellos dos caballeros vestidos de carnaval, aunque sus facciones respectivas no anuncien *cara de pascuas*.

El oso parece decir:

—Están haciendo lo que yo hice.

Y un chacal de proporciones regulares aparenta hacerse á sí mismo esta pregunta:

—¿Será cosa de ver morir á D. Salustio como vi perecer á su suegro en Oriente á manos de beduinos?

Jesús Nazareno ha ofrecido un cigarro al mancebo ateniense.

Las dos civilizaciones, la helénica y la mística de la Edad Media, se envían mutuamente espesas columnas de humo.

La mesa de despacho se halla entre ambas; y encima de ella todavía se ven esparcidas desordenadamente las cuartillas de LAS VIRGENES LOCAS.

D. Salustio se levantó un poco la túnica morada para que no le impidiera el libre movimiento de las rodillas, y pasándose la mano por la postiza barba, dijo suave y cadenciosamente:

—¡Gracias, amigo mío! Ha cumplido V. fielmente su palabra. ¡Ya sabía yo á quién escogía para la delicada prueba de esta noche!

Octavio no supo qué contestar. Hubiera querido pedir explicaciones, ahondar el misterio de aquella noche, decidir su suerte, fijar su porvenir; pero temía que D. Salustio le arrancara sus ilusiones, como había desechado sus cuartillas. ¿Sabía él acaso qué se había propuesto su editor al simular el himeneo del novelista con Elena? ¿No podía todo ello haber sido una burla cruel, un sarcasmo terrible del hombre opulento que usa refinamientos extravagantes é inauditos para proporcionar nuevas sensaciones á su gastada naturaleza?

En sus ávidas lecturas el joven escritor había visto que los acaudalados ingleses, roídos por el *spleen*, tenían rarezas inconcebibles.

¿No podía ser D. Salustio un hombre de esos que á fuerza de ver el mundo por sus cuatro puntos cardinales y demás latitudes intermedias, lo han probado todo, han encallecido su sistema nervioso, no trayendo al fin y al cabo, después de tantos viajes, más que un escepticismo brutal é inhumano, y una sequedad de corazón tenebrosa y espantable?

¿Sería un perverso? ¿Sería un enemigo irreconciliable de la raza humana, como lo habían sido aquellas fieras sobre cuyas pintadas pieles dejaba descansar el disfrazado Nazareno sus pies desnudos?

El joven novelista, sin embargo, preguntó balbuciente:

—¿Y ahora? ¿Qué hay que hacer?

—Por hoy ha terminado nuestra tarea. Elena y Carmela estarán ya descansando, entregadas á sus respectivos ensueños de amor platónico y servidumbre mística. ¡Hasta mañana, amigo mío! Debe de ser tarde...

Y luego, haciendo caer con el dedo meñique la ceniza del cigarro, añadió levantándose:

—Voy á acompañar á V. hasta la puerta de la calle.

Octavio clavó nerviosamente las uñas en las cuartillas de LAS VIRGENES LOCAS que se hallaban bajo su mano.

Parecía que intentaba mutilar otra vez el cuerpo de Julián Santurce.

D. Salustio notó aquel movimiento. Se quitó la barba postiza, se arrancó la falsa melena, y con esa mirada profunda que ya

le conocemos, fijó sus ojos como saetas en el inquieto novelista.

—¿Qué pretendes?—dijo dando cierta expresión entre familiar, tierna y sarcástica al tuteo.

—¡Oh! nada—contestó el excitado joven;—no pretendo nada más, sino que sea una verdad cuanto aquí ha pasado esta noche. Aspiro á que el cielo no se trueque en infierno; quiero envolverme otra vez en la luz de los ojos de Elena... Hoy he sentido la dicha por primera vez... Déjeme V. que siga acariciándola. ¡No me hunda V., por Dios, en el abismo de la amargura! Elena es mi esposa; ella lo ha dicho con apasionada frase. Sí; yo soy suyo... ella es mía...

—Idealmente—repuso el viejo.

—¡Buena!... idealmente. V. mismo lo ha dicho: algunas veces la intensidad de la idea da fuerza de realidad á las cosas. Yo seré su servidor, su esclavo... Trabajaré para conquistar...

—Yo soy rico... muy rico...—murmuró el editor mirando al suelo, como si con su fijeza de ojos pretendiera profundizar el pavimento y llegar á la tierra, y ahondar en ella también hasta descubrir inagotables minas de oro y de diamantes.

Las hondas arrugas de su frente, en las cuales había bullido una especie de agitado oleaje, se calmaron de pronto como si obedecieran al *Quos ego* de un Neptuno invisible.

Su cara se serenó. La bondad y el amor paternal pintóse en su fisonomía.

Permaneció callado un momento, durante el cual trazó con su rígido dedo unos caracteres sobre el respaldo de la butaca.

Parecía que había escrito este nombre: «Evaristo Quiñones.»

Pero Octavio no pudo seguir el trazado del dedo.

—Hasta mañana, pues—dijo el joven novelista, que ya se había convertido de griego en español, abrochándose el chaqué y disponiéndose á coger el sombrero.

Volvióse hacia la dirección en que suponía durmiendo á su ideal desposada, movió los labios como enviando un beso al aire y partió rápidamente.

En la calle parecióle otra vez que había sido víctima de un sueño.

Iba melancólico, triste, pensativo. No veía á nadie.

Eran poco más de las doce.

Madrid brillaba todavía como un ascua de oro. En la Puerta del Sol, los cafés abiertos arrojaban sobre el espacio de la acera oleadas de luz potentísima.

La gente salía de los teatros.

Los últimos tranvías eran asaltados por la regocijada muchedumbre.

Cada cual llevaba alguna historia jocosa ó terrible, grave ó ligera en el fondo de su alma.

¡Cuántas novelas se hubieran podido escribir si un Diablo Cojuelo el servicio de una persona observadora hubiese mostrado al desnudo los corazones de los transeúntes que cruzaban la Puerta del Sol bulliciosamente!

Pero Octavio no pensaba más que en su *virgen loca*.

Embebecido en sus ilusiones risueñas, no vio á un hombre que venía en dirección opuesta á la suya, y contra el cual chocó violentamente.

A Octavio no se le ocurrió descender del cielo donde flotaba, para dar sus excusas á aquel personaje de la tierra.

—¡Torpe!—dijo el transeúnte.

Ya esto no lo pudo sufrir el que poco antes había vestido el jitan griego y había estado á punto de incomodarse con Jesús Nazareno.

Octavio y el desconocido se trabaron de palabras.

La cosa terminó en una bofetada.

Formóse corro en seguida; hubo comentarios; llegó una pareja de orden público. Pero los contendientes ya no estaban. Habíanse ido cada cual por su lado después de cambiar sus tarjetas.

Octavio no volvió á acordarse del arrebatado y sanguíneo personaje hasta el momento de tener que abandonar la memoria de Elena para llamar al sereno á fin de que le abriera la puerta.

Entonces dijo para sí:

—¿Quién será ese señor al cual tengo que enviar mañana mis padrinos?

Y sacando la tarjeta que el desconocido le había entregado, y arrojándose á la luz de un farol, leyó:

EVARISTO QUIÑONES

CAPTÁN DE CABALLERÍA

Calle... Tal.

Octavio lanzó una exclamación de asombro:

—¡Mi rival!— dijo.—¡El odiado esposo de Elena! ¡La fatalidad me lo envía!

PEDRO BOSILL.

(Se continuará.)

INJUSTICIAS SOCIALES

I

Voy á decir una cosa para que os forméis idea de cómo ha de ser mi esposa. Ya os oigo:—Rica y hermosa—

Pues, no señor; pobre y fea. No es esto el romanticismo que privó tiempos atrás y tiene adeptos hoy mismo; al contrario, es egoísmo; las feas me gustan más.

Tampoco sigo la huella del que tan sólo repara al buscar una doncella en que tenga el alma bella prescindiendo de la cara.

«¡El espíritu ha de ser hermoso! el cuerpo varía...» ¡Hombre, tendría que ver que yo llegara á caer en esa cursilería.

No es nada de eso. Es que á mí, en circunstancias iguales, me gustan más, porque así, las que son feas. Ahí van las causas principales:

La belleza no hace efecto atractivo más que un rato, y como nada hay correcto, siempre sale algún defecto á relucir con el trato.

A los dos meses ó tres, las líneas y los contornos ya no importan, y después no les prestan interés las galas y los adornos.

Nadie dirá que es mentira, porque la amorosa lumbre de unos ojos, nada inspira, ni estático se les mira, en cuanto uno se acostumbra.

Lo que queda y no varía es el cariño que nace de la mutua simpatía, que crece de día en día y nunca se satisface.

Y si no le hay, aunque sea muy bonita la mujer, cuando no se la desea ha de parecer tan fea que no se la podrá ver.

—Supongamos que la esposa— vais á decirme en seguida— es simpática y graciosa, y además es muy hermosa, muy buena y muy distinguida.

—¡Caballeros! esa es mucha porción de suposiciones, y apesar de eso, en la lucha, quiero enfrente una feucha de las mismas condiciones.

Porque si tengo una burla habrá envidiosos detrás y no me conviene así. ¡Quiero que me guste á mí y no guste á los demás!

Y ya probado tenemos con esto de la hermosura, uno de los dos extremos. De lo de pobre no hablemos, porque ha sido guasa para.

SINESIO DELGADO.

MI TERCER SUICIDIO

Nada, decididamente me canso ya de vivir y estoy resuelto á morir con el carácter de urgente.

Dos veces ya, por mi mal, me lo impidió mi destino; la primera, porque vino un guardia municipal

y me desarmó en seguida... (Es verdad que yo, obcecado, le avisé:—Tenga cuidado; voy á quitarme la vida.)

En mi segundo arrebato empezó á llover, y yo me dije entonces:—Pues no, con humedad no me mato.

Hoy por la tercera vez me decidí á concluir; pero antes, voy á escribir cuatro letras para el juez.

«Señor juez: Esta mañana á las nueve y media en punto me maté, y estoy difunto porque a mí me da la gana.

Aunque testar es un mito, testo... porque sí señor. Lo dejo todo á favor de los pobres del distrito.

Lego el palacio de Osuna,

lego el de Florida Blanca, el de Murga, Salamanca, Medinaceli y Laguna.

Se va usted á armar un lío, señor juez, en sus acciones al hacer las particiones... ¡porque nada de eso es mío!

Ya sé que es un capital muy decente... Sin embargo, en un trance tan amargo yo no debo quedar mal.

Si es usted un caballero, cumplirá usted por los dos; yo me voy á ver á Dios. Madrid veintidos de Enero.»

Lo firmé, fuíme al Retiro buscando un sitio seguro, y allí... me fumé un buen puro antes de pegarme el tiro.

Coloqué el frito cañón del revólver en la sien y dije:—«¡Así está muy bien! ¡viva la Constitución!»

Disparé, pero... ¡oh sorpresa! no dió ningún resultado... ¡porque me había dejado las cápsulas en la mesa!

JULIO RUIZ.



Antes de que se me olvide, he de participar á los señores que han pedido á esta administración ejemplares de *La gran vía*,

que los pocos que quedan están á la venta en la casa editorial de D. Eduardo Hidalgo, Cedaceros, 4.

Nosotros no tenemos ninguno.

✱
Ayer me han asegurado en una cervecería que Mansi no ha presentado la dimisión todavía.

✱
D. Venancio González y Fernández, Ministro de la Gobernación, etc., etc., ha puesto en manos de empresas particulares el servicio telefónico de Madrid.

Se me figura que esto es echarlo á perder, por el afán de lucro que ha de animar forzosamente á los explotadores.

Señores abonados: En nuestras manos está el remedio. A la más pequeña falta, nos damos de baja todos, y abur.

¿Estamos conformes?

✱
Un parroquiano que hacía dos años no pagaba al sastre, tuvo la avilantex de encargarse un gabán.

En contestación al aviso, el sastre le mandó un dependiente con la cuenta y la orden de decir al caballero lo siguiente:

—Que pague V. en el acto ó se verá obligado á tomar otras medidas.

—¿Otras?—contestó el otro;—diga V. que no se moleste, que sirven las mismas.

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

XIII.—Si los versos no fueran forzados...

Señoría.—¡Contestación clara! Pues por ahora no hace V. buenos versos, y de aquí que no se publique ninguno. Sin embargo, estudie V., y no se desanime.

Sr. D. A. A.—Madrid.—Digo á V. exactamente lo mismo.

Chipellín.—Si yo le doy consejos, consejos con buen fin, señor de Chipellín!

Un poeta mejor que Cánovas.—Escorial.—Demasiado sabe V. que son verdes.

Sr. D. C. B.—Madrid.—Malhas las dos. Quedan dispensadas las faltas de ortografía.

Cigarras de Otero.—Otra malita.—¿Cómo diablos se le ha ocurrido á usted ese seudónimo?

Con-silio—Cádiz.—La carta está bien, y las composiciones no. ¡Mire usted qué demonio!

Sr. D. F. M.—Urda.—Tiene V. buen estilo y gusto. Cuida V. poco la forma. Es endeble.

Kehir.—Tu prosa es brillante como el sol del Egipto y sabrosa como los placeres del harem. Ala te guarde.

Sr. D. M. R.—Madrid.—¿Le han dicho á V. que esas cosas son versos? ¡Pues le han engañado miserablemente!

Uno de su pueblo.—Valladolid.—¡Moi qué copla! De esas tengo yo muchas. ¡Figúrate tú!

Sr. D. J. G.—Vitoria.—Tiene V. razón, merezco el palo y le agradezco. Donde las dan las toman.

Sr. D. M. B.—Valencia.—Sí, señor, lo hace V. bien; pero el asunto de esa es excesivamente gastado.

El chico del principal.—A tomar café cualquier día á la una y media. Entonces le daré á V. el palo.

Cambino.—Convenza V. conmigo en que cuando los versos están mal medidos, no hay necesidad de examinar el fondo. ¿Para qué?

Sr. D. R. M.—Cabezón.—[Arsal]

Sr. D. C. D.—Madrid.—¿Ay qué medianita

es la fabulita!

Sr. D. M. D.—Zamora.—Fin Setiembre.

Sr. D. E. D.—Haro.—Ponga V. en singular las palabras *tonterías* y *pensamientos*, y puede V. sacrificar el abanico. Según están no son consonantes de las otras. ¡Hombre, ese oído!

Ave canora.—Eso es guasa, señor canario sonoro.

Sr. D. C. V.—Santander.—Fin Agosto.

Juan sin penar.—Venga la firma.

Sr. D. A. C.—Madrid.—En América ha perdido V. mucho. Allí se adquieren con facilidad ciertos defectos de dicción que se notan en sus últimos versos. No contestaba porque como estaba V. tan lejos!

El Salomo.—Mediana; y hay redondillas de un naturalismo completamente crudo.

Michi-michi.—(No está V. mal sabadón! ¡Qué cosas se le ocurren al hombre!

Sr. D. A. P.—Zaragoza.—¿Amor penetrante? ¡El soneto sí que es penetrante!

Sr. D. L. V.—Valencia.—No tiene V. la más lava idea de lo que son octosilabos. La ola del mar se escribe sin h por ahora. *Rayo* y *lago* no disfrutan al placer de ser consonantes.

Sr. D. I. del C.—Entrala.—¡Oia, barbán! Gracias por el ofrecimiento, pero no puedo salir de Madrid.

Amar y proca.—Ya no hacen gracia al público esos sonetos.

MADRID COMICO

VENDEDORES AMBULANTES



—A real y medio la pieza! Escojan ustedes caballeros.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VIÑETAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro o sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones a fin de mes, y se suspende el paquete a los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cortantes, 3, segundo

DESPACHO: TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO

Teléfono n.º 690

COMPANÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECCIÓN
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARÍS
Depósito general: Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal: Montera, 3
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLITICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Estranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro o sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas a fin de mes, y se retirará el paquete a los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán a todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: PITAIZ, 40, primero, izquierda
DESPACHO

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ A CUATRO